

Cultura a la contra

El retorno de los brujos

Detrás de cada pensamiento consciente acechan monstruos: seres de origen oscuro y cualidades imprecisas, que acechan cualquier oportunidad para manifestarse. Fuerzas extrañas, buenas o malas, dispuestas a asomar la oreja en cuanto los censores oficiales —el famoso "superego", del que tanto nos hablan los freudianos (todavía quedan), pero también los censores de carne y hueso, de horca y cuchillo— se descuidan. El pensamiento mágico está ahí, el mundo del misterio se hace medio visible, siempre velado púdicamente en sus partes más íntimas por el velo de Isis.

Dicen que vivimos una crisis de la religión, y no hay nada más falso: la que está en crisis —y tampoco mucho— es la religión oficial, la de Roma. Y es que veinte siglos de catolicismo, de sujeción a un solo yugo de irracionalismo, son demasiado. La gente busca cambios, sigue modas, en esto de la religión como en todo. Y empiezan a proliferar sectas, cultos, paraciencias y pseudomisticismos. O misticismos de verdad, que es lo mismo, sólo que un poco más tonto: hay agnósticos, sufis, rosacruces, adoradores de Satán, neopaganos vestidos con túnicas blancas que cada amanecer arrojan rosas rojas en cierta fuente del Parque del Oeste... Sin contar con los astrólogos, echadores de cartas, lectores de manos y otros augures; ni con los adoradores de platillos volantes, que buscan su salvación en las inmensas operas que surcan el cielo viniendo de Ganimedes más o menos.

Lo malo de los brujos es que todos quieren salvarnos. Lo malo de los que creen en brujos es que todos quieren salvarse. Deseo muy comprensible, desde luego, si nos ponemos a considerar lo mal que está el mundo. Lo malo es que siguen un camino equivocado, son como yanquis de la salvación. Son uno de los vestigios del jipismo que no muere; cambian de casa obligatoriamente cuando Saturno está en oposición con Marte, por ejemplo, y se van de viaje porque se lo aconseja su guru. Siguen miles de reglas y de fórmulas, y obedecen a más mandamientos que los de la Santa Madre Iglesia. Para eso, podrían haberse quedado en su seno materno. Cunde más ser del Opus que ser masón, aunque yo no pueda evitar el tener una cierta simpatía por estos últimos. Los masones sí que no son brujos: viejos liberales, servidores de un culto laico, guardianes de un misterio sin misterios, han sido perseguidos y asesinados en este país por el simple hecho de ser diferentes, de reunirse en sus logias y de jugar a la religión como niños grandes, sin creérselo demasiado. Pero la Inquisición franquista necesitaba víctimas para sus peculiares holocaustos, y aquí ya no había judíos, porque los había matado siglos antes la Inquisición fetén. No, los masones no son brujos.

No es mi papel aconsejar o desaconsejar nada, pero no puedo dejar de preocuparme ante ese retorno de los brujos que ya anunciaron hace años Pawels y Bergler en ese compendio de banalidades aliñadas con salsa reaccionaria que llevaba el mismo título que mi columna de hoy. Francamente, seguir en serio por el camino de la magia me parece un error. La magia no ha funcionado nunca, es una técnica que no sirve, desde luego. Y si ahora algunos empezamos a cuestionarnos la técnica que sí parece funcionar, y la ciencia, el aparato teórico que la sustenta, no sé por qué vamos a meternos en cosas todavía más antiguas, más inútiles. Me parece bien como literatura, como broma. Pero, por favor, no nos tomemos en serio. Y, sobre todo, no olvidemos que detrás del mago o del sacerdote está siempre el gobernante. ■ EDUARDO HARO IBARS.

las buenas (o por las malas). Aca-so la ciudad de Segovia —tan amorosamente estudiada en un libro ejemplar de Martínez Pison (1)— haya sufrido menos que su provincia. Pero no se ha librado de actos vandálicos. El último, a juicio de entidades ciudadanas y ecologistas, la tala de casi un centenar de árboles del siglo XVII. Cien árboles con tres siglos son treinta mil años de vida vegetal. Casi una eternidad.

■ V. M. R.

realizado por una mujer. Es curiosa esa fascinación, digo, porque el cine de Marguerite Duras es un anticine. Y no ya porque prescindiera de las narrativas tradicionales (lo que en cualquier caso sería un respiro por la posibilidad de devolver a la imagen una fuerza expresiva que en cierto modo los moldes narrativos han destrozado), sino por que la Duras prescindiera realmente de la imagen. "India song" es un texto literario ilustrado a contrapelo



"India song", de Marguerite Duras.

(1) "Segovia: evolución de un paisaje urbano", Eduardo Martínez Pison, publicaciones del Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos. Ver TRIUNFO, número 739: "Razón histórica de una ciudad".

CINE

"India song"

Es curiosa la fascinación que produce Marguerite Duras a tantos aficionados al cine —fundamentalmente franceses, claro está—, dado el inevitable chauvinismo que padecen, fundamentalmente feministas también por su continua apropiación de lo

por unas secuencias más o menos inmóviles y sobre todo repetitivas, morosas y generalmente huecas. Es curioso que se diga que "India song" es ya la mejor obra de Marguerite Duras cuando creo que no llega a la altura de una obra cinematográfica, sino, en cualquier caso, a un apunte de ciertas posibilidades del cine —renunciar al propio cine— para describir un estado de ánimo o una anécdota. Lo que se hace en "India song" es contraponer la imagen al sonido de forma desarticulada, de manera que sólo en el texto que se oye pueda encontrarse la razón de la no-imagen, y es curioso que aun hoy eso parezca renovador. Entiendo que a raíz de mayo de 1968, el "nuevo cine" de Marguerite Duras impresionase a cuantos habían pensado en la po-

sibilidad de desarticular los códigos sociales existentes para proponer otros nuevos y libres. Fue ese el momento de "Detruire, dit-elle" (1970) y "Jaune le soleil" (1971). Lo que no se había conseguido romper en la vida, podía romperse desde elitistas obras

clásico cine negro deriva hacia una crónica amarga sobre la vejez, sin que ello implique ternurismo ni tristeza; la originalidad de la película es que esa amargura se desarrolla a partir del humor. Como ya hiciera el propio Altman en "Un largo adiós", so-

lo de que se mundo cerrado tiene elementos mágicos intangibles y sugerentes, parece como una renuncia a volver a plantearse que ese rompimiento cinematográfico se prolongue mínimamente en la vida. No sé si es creíble cierta mitología de la vanguardia por la que puede aceptarse incondicionalmente lo que es distinto por el simple hecho de serlo. En ocasiones, lo distinto es más antiguo que lo conocido, porque arrastra ideas o emociones no nuevas, sino viejas.

Naturalmente, una obra no es sólo lo que un crítico diga de ella; tampoco lo que digan todos. Con Marguerite Duras hay polémica, aunque menos de la que podría ser necesaria, ya que muchas veces los críticos se dejan impresionar por quienes consideran más cultos y relacionados. Juzgamos desde la percepción y no del análisis, y es muy difícil desde ahí ahondar suficientemente. Sin embargo, no puedo evitar sentirme desligado del mundo de Marguerite Duras y muy especialmente de "India song". De cualquier manera, me alegraría de que en España supusiese un éxito de público, ya que sería una justa recompensa a la distribuidora que se ha empeñado en mostrarnos este cine, también a contrapelo de la demanda común. ■

DIEGO GALAN.

"El gato conoce al asesino"

Una película producida por Robert Altman tiene siempre la garantía de escaparse de los estrechos límites de la mediocridad. En su afán de proteger a nuevos directores, Altman no olvida el rigor debido a una política de producción que se basa en propio nombre como única posibilidad de lanzamiento comercial. Así, el experimentado guionista Robert Benton, que dirige para Altman "El gato conoce al asesino", realiza una película donde el punto de vista sobre el

creación de un viejo detective cuyas formas de actuación profesional no se han adaptado a los nuevos tiempos. Gordo, viejo, testarudo y solitario se encuentra rodeado de unos personajes que pueden ser la réplica caricaturesca de los clásicos enredadores de las novelas negras. La actuación de este detective será posiblemente la última. De ahí el título original de la película, "The late show" ("La última actuación"), cambiado en Francia por el mismo con el que ahora se estrena en España seguramente como referencia cómplice al mundo de Chandler.

Quizá las intenciones de Robert Benton como guionista no han sido cuajadas de la misma forma por el Benton director. De hecho, en ocasiones la película se hace oscura y no precisamente por la inevitable complejidad de los personajes de estas novelas, como "el sueño eterno" que incluso en la versión cinematográfica de Howard Hawks parecía extraída de la confusión. La de Benton es más debida a una cierta inexperiencia, que unida al bajo presupuesto económico de la producción, traducen "The late show" en una obra simpática, aunque en ocasiones ingenua. A ella colabora el pésimo doblaje sufrido en España, en el que los actores traductores se han dedicado a gritar descompasadamente unos diálogos cuya imagen reflejan un muy distinto tono interpretativo. ■ D. G.

"Paz separada"

Realizador independiente de quien en España conocemos su primera película ("Víctima de la ley", extraña traducción de "One potato, two potato", 1964) y alguna posterior ("El incidente", 1967), Larry Peerce realiza en "Paz separada" su sexto largometraje. En éste, como en los anteriores, se inclina hacia su tema preferido: la violencia, aunque no entendida ésta en su

EN EL NUMERO DE JULIO DE TIEMPO de HISTORIA

MARIA RUIPEREZ

HABLA ERNESTO



CON más de ochenta años, este émulo de D'Annunzio, inspirador de "El Falangio", conferenciante de Hispanidades ubérrimas, iniciador de un cierto surrealismo literario, al que se apuntaría la intelectualidad española de los años veinte y treinta, desde Ramón Gómez de la Serna a Rafael Alberti, a través de las páginas de su inefable "Gaceta: Literaria", acaba de publicar sus "Memorias de un dictador", en las que recorre a la velocidad de un Marinetti coltífero las etapas de una España abocada al drama de la guerra civil y la dictadura franquista, dictadura de la que Giménez Caballero fue acérrimo defensor y, como tantos otros, singular "lucero".

(En la foto, Giménez Caballero en sus días de esplendor.) ■

JOSE MARIA SOLE MARIÑO

1917: LOS NOVELISTAS RUSOS ANTE LA REVOLUCION

AQUELLOS días "eternamente jóvenes" de la Revolución de Octubre, que hacían exclamar a Maiakovski: "No andamos, volamos, no volamos, nos movemos por exhalación"... supusieron para la intelectualidad rusa una auténtica toma de conciencia con las realidades de su época y de su país: convicciones deterioradas por largos años de humillación, cómodas posturas violentamente desmascaradas, cobardías puestas a la luz y actos de coraje rememorados; todo el bagaje de una inteligencia que, tras doscientos años de opresión y renuncia, se vio lanzada a la tarea de responsabilidad de educar a un pueblo, o de elegir el torturado y ambiguo camino del exilio.

(En la fotografía, Máximo Gorki hacia 1924.) ■

EN EL NUMERO DE JULIO DE TIEMPO de HISTORIA